

La subjetividad como vida interior y como reacción fisiológica. Historia de un concepto

Subjectivity as internal life and as physiological reaction. History of a concept

Víctor Manuel Alcaraz Romero

Escuela Nacional de Estudios Profesionales-Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Analiza los antecedentes históricos del concepto de subjetividad desde los tiempos de los antiguos jónicos. Para Tales de Mileto el alma era una fuerza motriz, mientras que para Anaxímenes aliento y aire eran una misma cosa: el aire de la respiración era lo que alentaba al hombre. En los órficos se planteó la separación básica entre un alma y un cuerpo; los estoicos empezaron a poblar el mundo interior de formas que en algunos casos remedaban a los objetos exteriores; y el judeocristianismo subrayó aún más la vida interior al pasar el alma a ser una entidad espiritual. Durante el período pre-renacentista se conceptualizó el "imago", lo que llevó al desarrollo del imaginar y de ahí a la mente. En sus inicios como ciencia, la psicología se basó en la introspección, la observación del mundo interior; pero pronto se encontró con la dificultad de medir, cuantificar, lo que llevó a la necesidad de estudiar los actos. Los hallazgos recientes de cambios electrofisiológicos concomitantes con los procesos cubiertos, como el soñar, y la influencia social en la percepción de las emociones, lleva a la conclusión de que lo subjetivo es una construcción social.

DESCRIPTORES: Subjetividad, historia, reacciones fisiológicas, construcción social.

ABSTRACT

Analyses the historical antecedents of the concept of subjectivity since the time of the old Ionians. For Thales of Miletus, soul was a moving force, whereas for Anaximenes, breath and air were the same thing: breathing air was what moved man. In the Orpheans, the basic separation between a soul and a body was raised; the Stoics began to fill the interior world of forms that in some cases imitated external objects; and judeochristianism underlined even more internal life when soul became a spiritual entity. During the pre-Renaissance period, the "imago" was conceptualized, what led to the development of imagining and from this to mind. In its beginnings as a science, psychology was based on introspection, the observation of the internal world, but soon it found the difficulty of

measuring, quantifying, what led to the necessity to study acts. Recent findings of electrophysiological changes accompanying covert processes, like dreaming, and the social influence in the perception of emotions, lead to the conclusion that the subjective is a social construct.

DESCRIPTORS: subjectivity, history, physiological reaction, social construct.

La concepción que del mundo subjetivo tiene el sentido común, es la de una especie de universo fantasmal compuesto por imágenes y sentimientos. Las imágenes son consideradas como representaciones especulares de los objetos de la realidad exterior. La representación imaginada no necesariamente debe ser un reflejo fiel de las cosas que nos rodean, puede aparecerse con deformaciones y con tonos proporcionados por la emoción.

Dentro de esa perspectiva del sentido común actual, los sentimientos constituyen afecciones ligadas a los objetos, cosas o seres del ambiente. El estudio científico de dicha clase de fenómenos psicológicos, resulta muy difícil, en virtud de que no se cuenta con formas de abordarlos, en tanto que se localizan en el interior de los individuos, como parte de una realidad que parecería eludir los métodos de la ciencia.

Sin embargo, el análisis de los antecedentes históricos del concepto de subjetividad o del de vida interior, puede en un momento dado permitirnos reconocer los aspectos meramente metafóricos, con los que los grupos sociales se refirieron a fenómenos para los que no se habían elaborado aún explicaciones que pudieran caber dentro del marco de la ciencia natural.

Los antiguos jónicos, al plantearse principios universales como fundamentos del universo, establecieron una similaridad entre la realidad humana y la natural.

El alma de Tales de Mileto (Burnet, 1919) por ejemplo, era una fuerza motriz, semejante a las que podrían encontrarse en otros objetos naturales. Así el alma de la piedra magnética, era la fuerza que éste tenía para mover el hierro.

No sabemos muy bien, en el caso de Tales de Mileto, como pudo pasar de su concepto de agua como principio universal, a sus afirmaciones sobre la fuerza para explicar la animación y sobre todo la animación de los seres vivientes.

Para Anaxímenes (Burnet, 1919), esto fue más fácil, pues al plantearse el aire como fundamento, encontró también en el aire de la respiración, el principio que alentaba al hombre. “Como nuestra alma que es aire” —decía Anaxímenes— “nos domina y une, así un aliento (*πνεῦμα*) y un aire, circundan y sujetan al mundo entero. Aliento y aire son una y la misma cosa”.

Para el mismo Aristóteles (Jaeger, 1946), tiempo después, la sensación se explica por una marca que los objetos físicos dejan sobre el cuerpo sensible, el cual se diferencia de aquellos, sólo por su maleabilidad. Sin embargo, las sensaciones no son meras huellas, pues los reflejos de los objetos sobre el agua, por ejemplo, no constituyen sensaciones. La sensibilidad surge entonces por la capacidad, la potencia que tienen los órganos de los sentidos de reali-

zarse. "Si el ojo fuese un ser vivo, la vista sería su alma", de acuerdo con Aristóteles y por lo tanto, el alma es lo que un cuerpo natural tenga la vida en potencia.

Aquí encontramos que sobre la mera base material se impone su funcionalidad, pero no hay lugar para un mundo interior, sino sólo para funciones. El imaginar mismo o los sueños, se explican como simples movimientos dejados en los órganos sensoriales por las sensaciones anteriores.

Ni en los Jónicos, ni en Aristóteles, se postula lo subjetivo como actividad del propio sujeto. Es más, para Aristóteles era inconcebible suponer a un hombre separado de la "polis". La esencia del hombre era su ser político, su vivir inmerso en las relaciones ciudadanas.

Es en los órficos en donde podemos encontrar el planteamiento de un individuo en el que ocurre una separación básica entre un alma y un cuerpo. Un alma que pervive después de la muerte y un cuerpo perecedero (Thomson, 1959).

Es factible que la conmoción que las fiestas dionisiácas producían en el organismo, haya llevado a los orficos a distinguir entre aquello capaz de una exaltación acentuada y el cuerpo, sujeto a modificaciones por parte de los estímulos del ambiente, pero sin la intensidad que suscita la participación en los rituales religiosos.

Es característico de los estados de intensa emocionalidad una impresión de salirse de sí, de irse. Resulta pues razonable, atribuir a las características de los ritos órficos la diferenciación a la que llegaron, los iniciados en los misterios, entre un alma y un cuerpo.

Se sentaron de ese modo las bases para que los sofistas propusieran al individuo, al hombre, como el centro de todas las cosas. Con Gorgias se llegó al extremo de que se negaran las posibilidades de comunicación. El individuo entonces, quedó como algo inviolable, con una vida a la que no tenían acceso los demás (Chevalier, 1958).

El dictum de Sócrates (Chevalier, 1958) de "conócete a ti mismo" representa esa afirmación del individuo cuya guía moral se realiza a partir del saber que proviene de la toma de conciencia de sí.

Todas esas consideraciones filosóficas abonaron el terreno para que tomara carta de naturaleza la concepción judeocristiana que con elementos orientales y occidentales, Pablo de Tarso desarrolló y transmitió, en un mundo en el que epicúreos y estoicos se planteaban la armonía y el control de las emociones.

Una contribución importante en ese largo camino que se ha seguido para formular la vida interior, se debe a los estoicos (Chevalier, 1958), quienes hablaron de las presentaciones o iluminaciones de la mente en las que surgen objetos reales captados por los sentidos o figuraciones.

Con la elaboración de ese concepto de fantasías, los estoicos empezaron a poblar el mundo interior de formas que en algunos casos remedaban a los objetos exteriores.

En la nueva doctrina que Pablo de Tarso (Sagrada Biblia, 1958), trajo a

occidente, la vida interior es resaltada. El apóstol dice: “no está en el exterior el ser Judío, ni es la circuncisión la que se hace en la carne, sino que Judío es aquel que lo es en su interior”.

El cristianismo entonces, subraya todavía más la vida interior, que empieza a adquirir un movimiento propio, no desencadenado por las sensaciones externas.

Cuando el término griego “pneuma”, en cuyo origen estaba explícita la referencia al aliento, a la respiración, fue retomado por los cristianos, pasó a ser el “spiritus”, el “ánima” (Verbeke, 1945). Según Jaeger (1957), la psique ($\psi\chi\eta$) griega después de la muerte, era en términos de Homero, una pura nada. El hombre pervivía después de la muerte sólo si la polis le daba reconocimiento.

En el cristianismo, tras haberse tomado muchas de las elaboraciones que el concepto había recibido a lo largo del tiempo, el alma empezó a ser una entidad espiritual, o sea, en tanto “spiritus”, dejó de ser “pneuma”, aliento de los seres vivos y pasó a convertirse en aliento de los dioses, en este caso del Dios único de Israel. Como aliento divino el alma representa lo que cada individuo tiene de su creador, por lo tanto, es aquello que sólo puede mostrarse a los otros en situaciones especiales, en hierofanías que no están al alcance de los demás. Es en el interior del hombre donde el cristianismo coloca un santuario de la divinidad.

La última vertiente que condujo a que se plasmara la vida interior, la podemos hallar en el período pre-renacentista, en que los escultores empezaron a hablar de imitar, “imitari”, copiar. El “imitari” es una “imago” o sea una obra escultórica que se parece a otra (Sarbin, 1972)

La mera observación llevó a que se viera que nosotros tenemos “imagos”, esas imágenes que de los objetos se reflejan en nuestros ojos, en la pupila. Incluso nuestro término pupila proviene de ese señalamiento que se le dió al lugar donde aparecen esas formas humanas pequeñitas “pupilas” que podemos ver en los ojos de los otros cuando observan a sus semejantes.

No se necesitó mucho esfuerzo elaborativo para suponer que la formación de “imagos” ocurría cuando no había nada que reflejar en el exterior. Entonces se habló del imaginar y las imágenes así formadas, se colocaron en el interior, en el escenario de la mente.

Porque el “ánimo” de las disquisiciones religiosas se transformó en la mente, “mens”, el entendimiento, uno de los actos fundamentales con los que el espíritu aprehendía la realidad.

Lo mental, a partir de esa nueva transformación del concepto, fueron actos de naturaleza intelectual. Sin embargo, esos actos ya no tenían ningún asidero físico y se dieron en la forma de imágenes en los procesos de tipo perceptual y en los de reminiscencia, así como en las fantasías de la creación.

Cuando el orden feudal se rompió, la integración a los gremios, la pertenencia a los señoríos o a la familia, dejó de ser lo principal. Ahora el individuo que ayudaron a formar órficos, sofistas y cristianos, soltó las ataduras que todavía le ligaban al orden inmanente y trascendente. El capitalismo desarro-

Hó una nueva ideología. La sociedad quedaba formada por hombres libres, responsables de sí. Las relaciones entre los seres humanos se establecieron como si fueran decididas sin imposiciones. Este último supuesto implicaba una voluntad personal que era alcanzable un poco a la manera como la filosofía socrática lo había dispuesto, a través de una reflexión sobre sí mismo, ahondada por todo lo que el cristianismo desarrolló como necesidad introspectiva. Porque en la ética cristiana, más importantes que las acciones exteriores eran las intenciones.

El proceso que comentamos terminó con la mitología forjada por el capitalismo acerca del individuo, responsable de sus actos, movido sólo por intereses personales, por la ganancia, núcleo, esta última, de todo el sistema. En ese individuo, reciben gran aprecio las dotes introspectivas por las que puede hablar de su mundo interior.

En sus inicios como ciencia, la psicología, que tenía delante de sí el esquema propuesto por el mundo capitalista, desarrolló el método introspectivo. Kulpe (Humphrey, 1973), fue quien en la escuela de Wurtzburgo estableció los requerimientos de dicho método.

Lo paradójico fue que la escuela de Wurtzburgo dirigida a asir sensaciones e imágenes, se topara con el hecho de que había contenidos de la experiencia que no tenían ese carácter.

Brentano (Humphrey, 1973) por su lado, hacía notar que lo que interesaba a la psicología eran los objetos, no los objetos mismos de los que se hablaba en la introspección. Cuando en lugar de hablar de los procesos de la experiencia, los sujetos se referían a su contenido, cometían el llamado error de estímulo.

La introspección demostró sus limitaciones, entre las que se encontraba la dificultad de medir, de cuantificar. Empero, la introspección sirvió para que la psicología reflexionara acerca de lo endeble de la formulación de vida interior y sobre la necesidad de estudiar los actos, no esas oscuras representaciones fantasmales, imágenes y fantasías, con las que se había sostenido la subjetividad.

Jacobson (1973), uno de los discípulos de Titchener, quien fue el introductor de la introspección en Estados Unidos, descubrió que asociada al imaginar había una actividad muscular. Cuando un individuo pensaba o imaginaba alguna cosa se producían actividades musculares. Esta comprobación permitió dirigir la psicología de nuevo al estudio de los actos.

El terreno estaba dispuesto. Pavlov (sin fecha) en Rusia, Watson (1960) en los Estados Unidos, hacían notar que la conducta era factible de estudiarse por medio de los métodos de la ciencia natural. El descubrimiento de Jacobson sirvió para verificar el hecho de que la imaginación también es una conducta.

Nuestros mismos sueños pudieron tratarse como conducta cuando se encontró que durante las ensoñaciones la motilidad ocular aumentaba. Recientemente se ha demostrado que el carácter de la ensoñación depende del tipo de actos motores que aparecen. Si son los ojos los que se mueven el

sueño es visual. Si son los músculos del oído medio, el sueño es auditivo (Roffwarg, 1975).

El establecimiento de relaciones entre la actividad y los estímulos, se ha convertido en el objeto de la psicología.

Puede ahora plantearse que hay actos abiertos que constituyen la conducta en general y que existen actos cubiertos, accesibles sólo mediante una instrumentación capaz de amplificarlos. Dichos actos componen lo que sería el pensamiento, el imaginar o las ensoñaciones (Alcaraz, 1980).

El estudio de la misma actividad cerebral permite descubrir cambios diferenciados en el curso de ese comportamiento que podríamos encuadrar dentro de la subjetividad. Los potenciales evocados cerebrales adquieren distinta morfología según el estímulo que afecta al organismo o incluso según la reacción emotiva que presenta (Pribram, 1971)

Sin embargo, el estudio de las reacciones encubiertas o el de la actividad cerebral concomitante, no resuelve el problema de la investigación sobre la subjetividad.

Tal vez ahora, podamos aceptar el sentido metafórico de los términos mundo interior, imaginar o fantasear. Sabemos que fuimos llevados a reificar vocablos que en un principio hacían alusión a actos. Formar una imagen es reaccionar como si un estímulo ausente estuviera presente. Las iluminaciones del alma de los estoicos, "fantasías", se refirieron a lo que sucedía cuando se hacía un esfuerzo por tener una reminiscencia o por aclarar un estímulo que en un momento dado provocaba una excitación. La psicología moderna diría que, faltos de un método apropiado, los antiguos se desencaminaron y no supieron encontrar el meollo de la fantasía o del imaginar, que no es otra cosa que una respuesta encubierta. Pero acabamos de decir que el registro de una respuesta encubierta nos dice poco acerca de lo que se tiene como experiencia subjetiva.

Por ejemplo, Gunderson (1968) señala que hay episodios de la vida que pueden ser simulados por una computadora. Serían estas respuestas que la neurofisiología actual permite registrar. Según Donnet (Gunderson, 1968) a dichos episodios deberíamos llamarlos relativamente incoloros, para diferenciarlos de otros episodios que no se pueden programar como las post-imágenes, los dolores, las emociones.

La dificultad que enfrenta la psicología cuando estudia esos episodios, resulta del hecho de que sólo se queda con las respuestas.

La conducta del hombre, se da en un medio social. El contenido y el sentido de toda conducta la proporciona la sociedad. Los programas de las computadoras carecen de ese color del que habla Donnet, porque no pueden darse como actividad social compartida, son a lo sumo productos sociales.

Hamlyn (1977), en un texto sobre la percepción, habla de las limitaciones de la psicología cuando no puede hacernos aparente el proceso de darle visualidad a la luz o auditividad al sonido. Esa diferencia que ya Aristóteles señalaba entre el agua que refleja los objetos y el ojo que ve, sigue presente.

La luz y el sonido producen cambios físicos. Empero, dichos cambios no son la percepción.

La auditividad, la visibilidad, la tactibilidad, la emocionalidad, son definiciones sociales. La sociedad da significado a las respuestas de un individuo y conforma representaciones cualitativas conceptuales.

Aquí cabría mencionar un experimento reciente sobre la emoción hecho por Schachter y Singer (1962). Estos autores administraron a seres humanos una sustancia, la adrenalina, que produce activaciones en el sistema nervioso simpático y manipularon el ambiente social en el que fueron colocados sus sujetos. Se encontró que la emoción de cada sujeto, dependió del ambiente social en el que se le puso. Los sujetos que habían recibido una explicación acerca de los efectos físicos que producía la droga, no presentaron emoción alguna. Entonces, la calidad de las emociones o su ausencia, estuvo definida por la sociedad.

La subjetividad, bajo esta óptica, estaría compuesta por aquellas respuestas cubiertas que el individuo hace, las cuales han sido definidas socialmente y enmarcadas dentro de un cuadro conceptual que les da significado.

Lo subjetivo es pues, una construcción social.

REFERENCIAS

- Alcaraz, V. M. *La función de síntesis del lenguaje*. México: Trillas, 1980.
- Burnet, J. *L'Aurore de la philosophie Grecque*. Paris: Payot, 1919.
- Chevalier, J. *Historia del Pensamiento*. Madrid: Aguilar, 1958.
- Gunderson, K. Robots, consciousness and programmed behavior. *British Journal of the Philosophy of Science*, 1968, 19, 109-122.
- Hamlyn, D., The concept of information in Gibson's theory of perception. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 1977, 7, 5-16.
- Humphrey, G. *Psicología del Pensamiento*. México: Trillas, 1973.
- Jacobson, E., Electrophysiology of mental activities as introduction to the psychological processes of thinking. En F. Mc. Guigan y R. Schoonover (Eds), *The psychophysiology of thinking*. Nueva York: Academic Press, 1973, 3-31.
- Jaeger, W. *Aristóteles*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946.
- Jaeger, W. *Paidea*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Pavlov, I. *Ouvres choisies*. Moscú: Editions en Langues Etrangères, sin fecha.
- Pribram, K. *Languages of the brain*. Monterey, Calif.: Brooks Cole, 1971.
- Roffwarg, H., Intermodel relationship in sleep research. En G. Lairy y P. Salzarulo, (Eds.), *The experimental study of human sleep*. Amsterdam: Elsevier, 1975, 405-423.
- Sagrada Biblia*. Madrid: Ed. Apostolado de la Prensa, 1958.
- Sarbin, T., Imagining as muted role taking, a historical-linguistic analysis. En P. Sheehan (Ed), *The function and nature of imagery*. Nueva York: Academic Press, 1972, 333-353.
- Schachter, S. y Singer, J. Cognitive, social and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 1962, 69, 379-399.
- Thomson, G. *Los Primeros Filósofos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.
- Verbeke, G. *L'Evolution de la Doctrine du Pneuma du Stoicisme à Saint Augustin*. Paris-Louvain, Bibliotheque de l'Institut de Philosophie, 1945.
- Watson, J. *El Conductismo*. Buenos Aires: Paidós, 1960.